

— Madre, hoy es día de regocijo. Bajo á la cueva para ver si en algún rincón encuentro una botella de vino viejo para regalarnos..

— Alto ahí — dijo Ceferina con firmeza. — Nada de vino, pues tiene que acostumbrarse á no beber. Yo que he vivido toda la vida entre bebedores, no beberé nunca más que agua. Si quiere que demos demos alegría, hagámoslo por medio de palabras amables. Su madre y yo las oiremos gustosas.

— ¿Y á santo de qué tenemos que alegrarnos? — preguntó la buena mujer.

— Pues, porque Ceferina acaba de anunciarme que se queda con nosotros, madre.

La pobre vieja no pudo disimular su alegría. Estrechó á la joven entre sus brazos, la besó en la frente, y dijo con ternura :

— No puede imaginarse, hija mía, cuanto le agradezco que no nos abandone, pues creo firmemente que la buena estrella empieza á brillar de nuevo en el molino.

## VII

Bernardo entró misteriosamente en la cochera de *El Sol de Oro* seguido por Thiriot, y lentamente sacó de debajo de su blusa una hermosa liebre que á la cintura llevaba arrollada cual si hubiese sido una faja. Alisóle el pelo con la mano, y guiñando los ojos dijo :

— Sus parroquianos no se romperán las muelas con los perdigones que encuentren en la carne. Es una hermosa *capuchina*. Yo soy como los ministros que no quieren á los congregacionistas y los dispersan.

Y groseramente soltó el trapo á reir.

— ¿Has dado el golpe con Siblot? — preguntó el hostelero.

— No, — contestó El Nutria cuyo rostro se ensombreció repentinamente. — Me ha dejado plantado, y Ceferina tiene la culpa... Esa moza ha entrado en el molino diciendo mando y ordeno, y Jaime la obedece como

si fuese un chiquillo. Hasta creo que le ha embobado, pero paciencia, que eso no durará... Tengo que proponerle un acecho, y nunca se ha resistido ante partida tan tentadora... Los ciervos del bosque de Jarcy bajan á los llanos para roer los trigos de marzo y he visto las huellas de sus pasos... Lo menos hay diez en la manada, y mañana ó pasado, amigo Thiriot, habrá carne para conservar...

— Bien, muchacho, bien: la despensa aguarda, y una pierna de ciervo no me asusta. Con salsa picante se deja comer. ¿Cuánto tu liebre?

— Para usted, un duro.

— ¡ Me parece que aumentas los precios!

— Este año hay pocas. Además, la cocinera del notario Amurat me las paga á seis francos, de manera que...

— Me haces un regalo, ¿no es eso? — murmuró burlonamente Thiriot. — Bueno, ahí va tu dinero, que después de todo te expones...

— Es cierto. Los guardas del señor barón han dicho que acabarían conmigo — replicó siniestramente El Nutria. — Pero que se anden con tiento, pues no soy de los que se dejan tirotear sin defenderse, y á fe mía, si la ocasión se presentaba preferiría disparar primero.

— No me cuentes esas cosas que no quiero saberlas. Yo te compro caza pero no me importa la manera como te la procuras. Prefiero que me hables de Ceferina. ¿ La tiene en su casa el maldito molinero?



— Sus parroquianos no se romperán los muelas con los perdigones que encuentren en la carne (pág. 255).

— Ya tiene más autoridad en el molino que la misma madre de Siblot... y la creo capaz de enderezar á Jaime por el buen camino. ¡ Un compañero como él! ¡ Ah! me la pagará, pues le guardo rencor...

No pudo decir más pues un ladrido, repetido dos veces, que se oyó en el patio, vino á interrumpirle.

— Esconda la capuchina, que el perro ladra porque ha visto á los gendarmes — dijo Bernardo con inquietud.

Thiriot abrió el cofre de una calesa y sonriendo silenciosamente metió dentro la liebre; luego cubriéndola con una lona, cerró la puerta de la cuadra y salió al patio con el cazador furtivo. El perro no había engañado á su amo. Solemnes y tranquilos, á lo largo de la valla del cercado, dos gendarmes seguían al paso de los caballos la carretera que conduce al Marne. Al ver al hostelero hicieron alto y el brigadier, con visible condescendencia, se llevó la mano al sombrero.

— Salud, amigo Thiriot.

Y luego, mirando con severidad á Bernardo, agregó :

— Ahí estás, buena pieza... Aun he recibido nuevas quejas con respecto á ti...

— Hay gentes que nunca se contentan — murmuró El Nutria entre dientes. — Si se les escuchase...

— Preciso es escucharlos, pues para eso estamos — contestó el brigadier. — La gendarmería es un cuerpo escogido cuya misión no es otra que perseguir á los delincuentes...

— Y llevar las cartas del subprefecto — dijo Bernardo interrumpiéndole burlonamente. Repartan la correspondencia, y no se ocupen de lo que se murmura con respecto á los buenos muchachos como yo.

— Tú eres un torpe y un desvergonzado — replicó desdeñosamente el gendarme — y tus bromas no pueden llegar á ofender á un hombre de mi graduación... Pero, procura andar por el camino recto, pues si te cojo en una de tus combinaciones te enseñaré si la brigada de Aygueville sirve para repartir cartas ó para detener á los cazadores furtivos.

— ¿ Detener á un cazador furtivo? ¿ Quién? ¿ dos gendarmes? — replicó Bernardo con insolencia. — Vamos, vamos; para eso sería preciso apearse del caballo, quitarse esas botas, abandonar el sable, y no ir dos á dos como los patos de Thiriot cuando van á bañarse al río. ¡ Vamos! ¡ Me gustaría ver cómo se las componen para cogerme!

— Puesto que así lo deseas, lo verás, — contestó tranquilamente el brigadier.

Y llevándose la mano á la frente soltó la brida, y al paso, sin la menor emoción y haciendo crujir el cuero de la silla y sonar el acero de los estribos, se dirigió hacia la orilla.

— Serás animal — exclamó el hostelero — que te pones de punta con el brigadier, un militar amabilísimo... ¡ El día menos pensado vas á tener un disgusto!

— Vaya, vaya; sería preciso acostarse demasiado tarde

y levantarse demasiado temprano. Los señores gendarmes son hombres muy ordenados y pasan tranquilamente las noches en la cama. Además, el relente curte la piel y el rocío es insano...

El hostelero se llevó á Bernardo hacia la casa.

— Antes de marcharte, ven á tomar un vaso de vino...

— Eso no se desprecia nunca. ¿ Y cuándo es la boda?

— Por esa parte estoy muy contrariado, pues desde que Doublet se dejó sacudir el polvo por el molinero, mi hija no le toma en serio... Constantemente se burla de él...

— Eso no tiene nada que ver con los sentimientos...

— ¡ Es cierto! Y la prueba está en que Doublet la quiere más que cuando le trataba amablemente. ¡ Qué burros son los hombres, Dios mío, qué burros son!

— Cuando la hora llega todos somos iguales, amigo Thiriot. Y usted mismo habrá tenido momentos en que hubiera dado la llave de la caja á su mujer...

— ¡ Nunca, Bernardo, nunca! Verdad es que quería mucho á mi difunta, pero si hubiese pretendido poner trabas á mi autoridad... ¡ Ah diablo!...

— ¡ Ahora dice eso!

— Pero Bernardo, explícame cómo pudo ser que Doublet, ese mocetón tan alto y tan fuerte, fuese derribado, sacudido y dominado por un alfeñique como Siblot...

— Amigo mío, porque Siblot es un muchacho terrible. Sepa, tío Alegría, que durante su servicio militar estuvo en la escuela de la Faisanderie... Es un maestro en el arte de manejar el palo, no tiene rival en la lucha á zapatazos, y no retrocedería ante tres hombres como castillos. Por eso me gustas llevarle de compañero cuando por la noche me dedico á alguna tarea peligrosa. Con él no hay nada que temer, y si los guardas se acercan, preciso es andarse con tiento...

— ¡Echáis á correr!

— No, les esperamos...

— No digas majaderías; las piernas se han hecho para correr.

— Y los brazos para sacudir.

Estas últimas palabras habían sido cambiadas en la sala del parador en la que tres ó cuatro parroquianos jugaban á los dados el importe de lo que habían bebido. Y Thiriót hacía en vano señas á Bernardo para que se callase, pues éste, al que poco importaba que le escuchasen, parecía haberse propuesto comprometer á Jaime al comprometerse él. Al fin, el hostelero pudo llevarse al joven á un rincón, y le dijo:

— ¿Estás loco? Desde que has llegado parece que te diviertes diciendo cosas que puedan traer compromisos. Con la cuarta parte de lo que esas gentes han oído te podrían detener, y si se diese un golpe de mano y su autor no se descubriese...

— Déjeme, que así me divierto.

— Pero oye — exclamó Thiriót disgustado, — tus diversiones resultan bastante peligrosas, con que, anda con Dios.

— Hasta pronto, tío Alegría; salude á la hermosa Gloria.

— Oye, oye; si dijese la señorita Gloria no se te torcería el hocico...

Con burlona deferencia, el cazador furtivo se inclinó y dijo:

— ¡Oh, oh! Mis respetos á la princesa, — y, llamando á su perro, salió del parador.

— Buen viaje — murmuró Thiriót; y para borrar el mal efecto que hubiesen podido producir las palabras del matutero, se dirigió hacia el sitio que ocupaban sus parroquianos, y les dijo:

— No es tan diablo como quiere aparecer...

— ¿Quién? ¿Ése? No se fie usted, Thiriót. No hay hombre más astuto ni más rencoroso. ¡Mala raza! Jaime el molinero vale veinte veces más que él. Es un borrachín, pero en el fondo es honrado.

— No hablemos de Siblot, que mi hija viene con Doublet.

— Buena pareja, amigo Thiriót.

El herrero, de levita y con el sombrero de copa en la mano, volvía de la ciudad con la heredera del *Sol de Oro*. Abrió la puerta para que pasase su prometida, y sonrió con satisfacción viendo que al fin triunfaba de la gracia fresca y resplandeciente de Gloria. Todo en él, sus ges-

tos y sus miradas, pregonaban su orgullo. Viéndole se comprendía que reventaba de contento, y que no pasaba un minuto sin que se dijese : la joven más hermosa de Aygueville es mía.

Gloria se acercó á su padre y le puso la mano ante los ojos.

— Mira — le dijo — mira la sortija de novia que Doublet acaba de comprarme.

— ¡ Diablo! — exclamó Thiriot dirigiendo á su futuro yerno una mirada que claramente significaba : ese animal está loco.

El objeto de su admiración era un anillo de oro en el que estaban montados una perla y un brillante, y todos los parroquianos contemplaban la joya con estupefacción, y, como Thiriot, no se atrevían á respirar. En la ciudad no había nadie, ni siquiera la hija del alcalde, que tuviese una sortija semejante. Las señoritas Nivert, el más rico de Aygueville, llevaban anillos finos ornados con pequeñas perlas que sus maridos les habían comprado á costa de muchos sacrificios, y esos anillos, comparados con la joya de Gloria, hacían muy pobre papel.

— Bueno, Doublet, hijo mío — dijo Thiriot, — bien vas, y si ahora sacudes tu bolsa de este modo, ¿ qué guardas para más adelante ?

— Amigo mío — respondió el herrero con entusiasmo — Gloria no hay más que una. Y no hay nada bastante hermoso para ella que es la más hermosa de las mujeres.

— Está bien, está bien, pero no te arruines. Yo soy hombre sencillo, y como no he mimado con exceso á mi hija, te aconsejo que no la acostumbres mal...

— Supongo, papá, que no dará malos consejos á mi futuro — replicó Gloria riendo. — Él sabe lo que debe hacer para tenerme contenta...

— En vez de recorrer contigo las tiendas de Aygueville, mejor sería que estuviese en su fragua cuidando de su negocio...

— ¡ Bah! Ahí están mis dependientes, y además, que una vez se haga una cosa no quiere decir que se haga siempre, — contestó el herrero. — Mañana volveré al trabajo, pero hoy es día de fiesta.

Y, saliendo de la casa, el enorme Pedro se fué con Gloria á pasear por el cercado, junto á los pozos donde había cambiado tiernas promesas con Ceferina. Empezaba de nuevo el juego con su prometida, pero ésta, interrumpiéndole con ironía, le dijo :

— Pedro, ten siquiera el cuidado de no decirme estas cosas aquí... Creería que son las mismas palabras que dirigiste á mi hermana de leche y que el eco me las repite.

El rostro de Doublet se contrajo, y quiso protestar.

— Te ruego que no me hables más de este asunto, pues con ello me haces el más desgraciado de los hombres.

— Sí, sí; todos sois lo mismo, olvidáis vuestros errores y os extraña que los demás los recuerden. Preci-

so será que pase mucho tiempo, señor Doublet, para que se borre la impresión que esas cosas me produjeron. Verdaderamente, dí pruebas de bondad excesiva al no enviarte para siempre á tus martillos cuando me enteré de lo ocurrido...

— Sí, Gloria, eres tan buena como hermosa — murmuró el herrero suspirando — y pruebas me has dado de ello. Pero por Dios te lo pido, no me recrimines haberte preferido á todas las mujeres...

— Bueno, bueno, eso no significa que no seas inconstante. Pero yo te vigilaré, y desde ahora te advierto que como te separes tanto así del camino recto, enviaré á á buscar el molinero de Campardón para que te ajuste las cuentas.

Y se rió en las barbas de Doublet que, lleno de confusión y de cólera, apretó sus enormes puños y abrió desmesuradamente los ojos. Pero la joven no había concluido con sus sarcasmos y añadió :

— Porque si yo soy la más hermosa de las mujeres como tú mismo acabas de decir, no debemos olvidar que Jaime Siblot es el más fuerte de los hombres.

Y volviendo la espalda á su desconcertado prometido, se puso á correr por el cercado soltando al viento la corbata cuyas puntas se agitaban por encima de sus hombros, semejando alas de paloma.

— Espérame, Gloria, espérame — gritó Pedro.

— Alcánzame si puedes.

Y la encantadora joven, graciosa y ligera, continuó



Jaime volvía de San Martín, al paso de su yegua, y después de haber descargado los sacos de harina que había llevado en su carro (pág. 269).

corriendo por la hierba, á través de los árboles cubiertos de flores, y lanzando al aire sonoras carcajadas.

Á la caída de la tarde, y á unos cien pasos del molino, Jaime volvía de San Martín, al paso de su yegua, y después de haber descargado los sacos de harina que había llevado en su carro. De pronto, y como liebre que abandona la madriguera, Bernardo se alzó y le dijo :

— Y bien, Jaime, vuelves de casa del panadero donde has dejado los sacos que llevabas. Tu trabajo ha terminado, y esta noche no tienes nada que hacer. Ven conmigo al bosque de Tarcy que en la llanura habrá ciervos...

Los ojos de Jaime centellaron, pero un segundo después ya había recobrado su sangre fría.

— Imposible, amigo mío, — contestó. — He prometido que no saldría nunca más de noche, pues cuando no estoy en casa mi madre tiene miedo,

— Por última vez Jaime, tengo preparados dos aguardos cara al viento, y no hay más que ir á sentarse y esperar. Es golpe seguro y cada uno tendrá su ciervo.

— Pues ese golpe no lo daré yo.

El Nutria, con visible contrariedad, bajó la cabeza.

— ¿ Temes algo ?

— ¿ Me has visto temblar alguna vez ? ¿ Acaso soy cobarde ? — exclamó Siblot colérico. Pero tranquilizándose se puso á reir y añadió : — Qué majadero soy, todo eso lo dices para excitar mi amor propio, pero no lo



conseguirás. Acecha y aguarda cuanto quieras, Bernardo, pero acecharás y aguararás sin mí.

— Está bien; si me rompen la cabeza, sabrás que tu tienes la culpa.

— ¡ Bueno! Me cargas ya. Sigamos cada uno nuestro camino, que yo no soy responsable de lo que hagas.

— Adiós pues...

Y el matutero desapareció con tan extraordinaria rapidez que pareció le habían escamoteado. Jaime, algo triste á pesar de su firmeza, continuó su camino; los reproches de su antiguo compañero hacían mella en su honor de cazador furtivo, y pensando en su desertión se consideraba algo culpable para con Bernardo... Pero había dado su palabra á Ceferina, y antes que faltar á lo prometido se hubiera dejado cortar un brazo. Su fidelidad recibió pronta recompensa, y cuando hubo metido la yegua en la cuadra y el carro bajo el cobertizo, entró en la casa y se encontró á su madre y á Ceferina que trabajaban. Esta última zurría cuidadosamente unas camisas de Jaime, y la calma profunda que en el molino reinaba contrastaba enormemente con el movimiento que durante el día lo había animado. Ligera niebla se alzaba sobre los prados y con sus transparentes gasas envolvía el Verpière. Un perro solitario aullaba melancólicamente á lo lejos, y sus ladridos rompían el augusto silencio que reinaba en el valle. Y en aquella cocina templada, donde la comida ya preparada olía bien, y las dos mujeres trabajaban tranquilamente á la luz de la lámpara, Jaime

experimentó deliciosa sensación de bienestar. La rudeza del cazador furtivo desaparecía ante aquella intimidad de familia, y sentado junto á su madre y Ceferina el molinero deseó una vida siempre igual. Ninguno hablaba, y sin duda los tres pensaban en lo mismo y se felicitaban por haber podido reunir sus amarguras y sus tristezas y fundar con ellas tan agradable tranquilidad. La madre de Siblot, pasados unos minutos, dejó la media, se clavó las agujas en el pelo, y mirando fijamente á su hijo preguntó :

— ¿ No dices nada Jaime? ¿ Has tenido algún disgusto en San Martín?

— No; el panadero se ha quedado con toda la harina y la ha pagado...

Se metió la mano en el bolsillo, y sacando una bolsa de cuero vació su contenido sobre la mesa.

— Ahí está el dinero, con esto se podrá dar algo al propietario, pagar el trigo á fin de conservar el crédito, y comer lo que queda de mes.

— Lo que más urge es pagar el trigo á fin de que nos den más. Para que el molino trabaje necesita grano, y ese dinero nos lo procurará.

— Aun tenemos lo necesario para moler tres días, y para entonces no faltará grano. Pero necesitamos trigo tierno para nuestras muelas de piedra... y aun cuando algunos abusan de nuestra situación para darnos mal género, yo pondré orden á esto.

— Esto se llama hablar bien, y sin tardar serás un

comerciante perfecto... Para principiar coge el libro de cuentas y anota el ingreso de hoy.

Jaime se puso en pie, y con no poca confusión clavó los ojos en su madre.

— El libro — murmuró — ¿dónde está? Hace tiempo que no lo he utilizado y no sé donde lo metí la última vez.

Registró el basar, separó las cajas de pólvora, los sacos de perdigones, tacos y cartuchos, y levantó un esparavel que estaba muy necesitado de concienzudas reparaciones. Por fin, entre unas cajas y completamente cubierto de polvo, apareció el famoso libro. Después de haberlo limpiado cuidadosamente lo abrió por una página empujada, y se convencieron de que hacía mas de tres meses no se había inscrito ninguna cantidad. Ceferina se inclinó para examinar el papel y leyó la fecha del 22 de enero.

— *Recibido de Courtelin, en Aygueville 215 francos...*  
— y repitió : — ¿22 de enero? Verdaderamente, no se puede decir que tiene los libros en orden, pues estamos á fines de abril... A no ser que desde esa época no haya vendido nada limitándose únicamente á...

Se contuvo, pero Jaime completó su pensamiento diciendo :

— Limitándome á recorrer bosques y llanuras con El Nutria, ¿ no es eso? ¿ Era esto lo que quería decir? Creo que no ha pronunciado esas palabras por exceso de bondad, y ha hecho mal pues son la verdad misma.

Si, cuando usted entró en casa para mostrarme claramente mi conducta, yo me dedicaba al merodeo en vez de trabajar. Desde el 22 de enero no he dejado un solo día de hacer el haragán y exponerme á ir á la carcel por cazar en vedado y en tiempo prohibido... Pero usted no puede figurarse, Ceferina, el atractivo tan grande que para mí tenía esa vida de libertad, de fatigas y de peligro. Correr continuamente, respirar el aire puro de los campos y de los talleres siempre ojo avizor, pie ligero y mano rápida; no depender de otra cosa que de la propia voluntad y cazar como dueño y señor en tierras de otros á despecho de los guardas, que vigilan. Hay en todo eso una serie de emociones constantemente renovadas y siempre vivas. Es cierto que me dejé arrastrar por Bernardo, pero yo era cazador furtivo de nacimiento y casi por instinto. Ante todo es preciso ser justo y decir las cosas como son en realidad. Esa azarosa existencia me complacía mucho, y para que no continuase ha sido preciso su enérgica voluntad.

— Pues creo que le he hecho un gran favor, Jaime, pues á pesar de su habilidad le hubieran cogido el día menos pensado y se le habría visto entre ladrones y vagabundos en el banquillo de los acusados. Eso, sin tener en cuenta lo que en medio de la noche hubiera podido sucederle yendo con un hombre tan peligroso como Bernardo... Nada, nada, más vale dormir en la cama que mojarse con el rocío acechando y aguardando á la luz de la luna. Mientras se es joven todo va bien, pero

luego, los dolores hacen su aparición, y lejos de correr apenas se puede andar.

— Todo eso se lo he dicho mucha veces, Ceferina — dijo la anciana — pero nunca se siguen los consejos de la madre. Es preciso que las advertencias salgan de otra boca, más joven especialmente, y sólo entonces se comprende la razón y la verdad. A Dios gracias nuestro molinero parece dispuesto á ser razonable, y, sano y fuerte como es, no tardará en regularizar sus negocios. Dentro de poco, al molino vendrán de nuevo los antiguos parroquianos...

Jaime se puso en pie, llegó hasta la puerta, y como si hubiese oído alguna seña convenida de antemano escuchó con atención. Aspiró el aire de la noche, y volviendo junto al hogar murmuró :

— Sopla viento del norte, y esta noche en el lindero del bosque hará frío. Compadezco á lo que se apostarán allí.

Y, con mucha lentitud, se sentó junto á Ceferina.

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"MONTALEÓN"  
REYES  
1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII

Las dos acababan de dar en el campanario de San Martín, y el molino, destacándose entre las tinieblas, perfilaba su masa pesada y sombría en el claro cielo. El Verpière rodaba rápidamente por encima de la compuerta exhalando su interminable ronquido, y el campo dormía en silencio, cuando un hombre, que al parecer andaba penosamente, apareció en el prado por el otro lado del huerto. Jadeando dió la vuelta á la casa, y acercándose á una ventana llamó con suavidad. Instantes después una forma vaga apareció tras las cortinas, se abrió luego una de las hojas, y la voz de Jaime preguntó :

— ¿ Quién llama ?

— Soy yo, Bernardo. Abre pronto pues los guardas del bosque me persiguen...

— Vete á tu casa — respondió Siblot con rudeza. — Si te das prisa no te alcanzarán.